

Mientras los invasores penetraban en el imperio, Motecuhzoma proseguía en su desacordado sistema; en vez de prevenir armas y aparejar tropas para la guerra, permanecía en punible ociosidad. Por todos los caminos recibía diariamente numerosos mensajeros con noticia de los dioses, quedando satisfecho al saber no se apartaban de la costa. Envió nigromantes y hechiceros á Cempoalla para encantar á los blancos, y como ninguna cosa alcanzaron, al tornar á Tenochtitlan y darle cuenta de la inutilidad de sus conjuros, se consoló pensando, que metidos los castellanos en la capital, las artes mágicas surtirían el apetecido efecto. (1) Sabedor de haberse puesto los teules en camino, comunicó sus órdenes encargando á los suyos tuvieran gran diligencia en recibirlos benévolamente. Apénabale mucho saber que los españoles preguntaban por su persona, á lo cual daban por respuesta, ser "hombre de perfecta edad, y que era hombre enjuto y de mediana estatura, y que en su cara representaba mucha gravedad y mucha prudencia y gran valor." (2)

Hizo también llamar al Huitznahuatl Motelchiuh, mandándole salir al encuentro de los blancos á fin de saludarles en su nombre y servirles de guía. El Huitznahuatl marchó apresuradamente acompañado de algunos nobles, hasta ponerse en la presencia de Cortés, en el lugar nombrado Chichiquila; presentó al general un ramillete de rosas, saludándole por medio de Marina. "¿De dónde eres? le preguntó el castellano." "Soy de la ciudad de México, respondió Motelchiuh, y soy enviado del poderoso Motecuhzoma, quien os da la bienvenida, deseando vayais poco á poco el camino, para que no padezcáis en la salud; os está esperando y desea vuestra llegada á su ciudad y casa." Marina dijo entónces: "dice este dios, padre mio, que cómo te llamas?"—"Me llamo Huitznahuatl Motelchiuh."—"Este dios dice, prosiguió Marina, que agradece mucho á Motecuhzoma el cuidado y la visita que le envía; que ya va de camino y acercándose á México, para gozar de la presencia de quien tanto favor y bien le hace."—"Señora, dile á ese dios, replicó Motelchiuh, esté satisfecho del deseo que en servirle tiene Motecuhzoma, quien ha ordenado pena de la vida en todas las provincias, sea él bien recibido con todos los dioses sus compañeros, con agrado y sin faltarles

(1) P. Durán, cap. LXXII. MS.

(2) Sahagun, relac. de la conq. cap. IX.

nada: quisiera saber si así se ha cumplido."—"Marina le respondió, "Huitznahuatl, el dios que presente está, te agradece á ti y á tu señor, todo ese cumplimiento y obras que se han tenido en que él vaya poco á poco á verse con él; que te ruega que te vuelvas á México y le des las gracias á tu señor de su parte, y que no tome trabajo de enviar quien le guíe, que acá tenemos quien nos guíe y enseñe el camino." Motelchiuh tornó á dar la desabrida respuesta á Motecuhzoma, quien se consoló diciendo: "vengan cuando quisieren, que esperándolos estoy, ya que no hemos tenido maña de hacerlos volver á su tierra como la vez primera." (1)

En Xocotla, recibió D. Hernando, por boca de Olintetl, cumplidas noticias acerca de Motecuhzoma, su poderío y riqueza, situación de la ciudad de México, fuerza y opulencia. Consultando cuál sería camino mejor para ir á México, Olintetl ofreció llevarle por tierras del imperio, sin pasar por Tlaxcalla, señalando como tránsito la ciudad de Cholollan: los totonaca contradijeron la opinion, asegurando ser traidores los chololteca y amigos de Motecuhzoma, siendo más acertado atravesar por Tlaxcalla, cuyos moradores, amigos suyos, eran enemigos jurados de los méxica, contando además con multitud de fuertes guerreros, con los cuales tendría cuenta confederarse. Prevalció esta segunda opinion, y en consecuencia Cortés escogió cuatro de los principales cempoalteca, á quienes entregó para servir de presente, para los señores de la república un sombrero vedijudo colorado de Flandes, acompañado de una carta, la cual bien entendía no sería comprendida por los indios, sin embargo de lo cual deberían tomarla como cosa de mensajería; las instrucciones dadas á los embajadores se reducían á ofrecer la amistad de los blancos y su proteccion para defenderlos de Motecuhzoma. Envió también una ballesta y una espada para poner admiración en los tlaxcalteca á la vista de los armas manejadas por los extranjeros. (2)

Después de permanecer cinco ó seis dias en Xocotla, así para esperar la vuelta de los mensajeros, como para acercarse á la frontera de Tlaxcalla, el ejército se dirigió al pueblo de uno de los dos se-

(1) P. Durán, cap. LXXII. MS.—Tezozomoc, cap. ciento diez. MS.

(2) Bernal Díaz, cap. LXII.—Gomara, Crón. cap. XLIV.—Herrera, déc. II, lib. VI, cap. III.—Torquemada, lib. IV, cap. XXVII.

ñores que antes habían venido á saludar á Cortés. La poblacion distaba dos leguas de Xocotlan, nombrábase Ixtacmaxtitlan, y se extendía tres ó cuatro leguas á lo largo de un pequeño rio, estando sobre un alto cerro la morada del cacique, "con la mejor fortaleza que hay en la mitad de España, y mejor cercada de muro, y barbacanas, y cavas; y en lo alto de este cerro terná una poblacion de hasta cinco ó seis mil vecinos con muy buenas casas, y gente algo más rica, que no la del valle abajo." (1)

Para proseguir la narracion, refresquemos la memoria, repitiendo algunas cosas ya sabidas. La república de Tlaxcalla (2) estaba enclavada dentro del territorio del imperio tenochca, lindando al E., con el reino de Acolhuacan; dividíase en cuatro parcialidades ó cabeceras, mandada á la sazón, la de Ocotelolco por Maxixcatzin, general del ejército; la de Tizatlan por Xicotencatl, muy anciano y casi ciego; la de Tepeticpac por Tlehuexolotzin, y la de Quiahuiz-

(1) Cortés, Cartas de relac. pág. 48, nombra al pueblo Iztacmartitan: Gomara, Crón. cap. XLIV le llama Iztacmixtitan. Bernal Díaz, cap. LXII, dice al pueblo Xalacingo, siguiendo la opinion Torquemada, lib. IV, cap. XXVII, corrigiendo el nombre en Xacatzinco. Nosotros seguimos la autoridad de Cortés.—Ixtacmaxtitlan, como ahora se pronuncia, pertenece al Estado de Puebla, y en aquella época, "estaba en lo alto del cerro, y lo bajaron á este sitio el año de 1601 por la incomodidad que acarrea al ministerio y comercio: el sitio en donde se hallaba cuando Cortés estuvo en él, es un peñasco muy alto, cortado por el lado del Sur, que hace respaldo y se llama *Collera*, que quiere decir *redondo*: este peñasco tenía en su cima el palacio del señor del valle y provincia, sujeto á Mutezuma; se conservan en el mismo sitio muchas piedras labradas y algunos cimientos que demuestran la grandeza de aquel palacio, cuyo señor se llamaba *Tenamaxcuicuitl*, esto es, *piedra pintada*."—"El referido peñasco se une con lo demás del monte por medio de un pequeño llano, y se llamaba esta union *Tenamictie*, que quiere decir, *piedra unida* ó *casada*, y por esta union se comunicaba el palacio con el pueblo, que constaba de cinco á seis mil vecinos y de sus casas apenas se perciben ya señales, así por haberlas robado las aguas, como por las labores. Tiene el peñasco del palacio otro cerro en frente tan alto como él, y uno y otro tendrán media legua de subida; este cerro tiene al lado del Norte, que mira á el del palacio, un ribazo á modo de parte cerro tiene al lado del Norte, que mira á el del palacio, un ribazo á modo de parte red, que en su idioma llaman los indios *Texcale*, á el cual lo señala por medio una lista ó cendal blanco, que ellos llaman *Ixtacmaxtli*, de donde tomó nombre el valle y pueblo de Ixtacmaxtitlan." Viaje de Hernán Cortés en Lorenzana, pág. V.—Supuesto que la significacion es cendal ó *maxtli* blanco, la verdadera ortografía es Iztacmaxtitlan.

(2) La llamada república de Tlaxcalla tomaba nombre de su capital igualmente denominada Tlaxcalla: el territorio de aquel señorío era casi el mismo de la provincia conservada con sus antiguos límites durante la dominacion española, y hoy conocido por el Estado de Tlaxcalla.

tlán por Citlalpopocatzin. No estar el gobierno en manos de un sólo monarca, determinó á los antiguos escritores á dar á aquel estado el nombre de república. Esta palabra no debe inducirnos en error, por el sentido que ahora le damos, sabiendo la significacion antigua. No era aquel un señorío regido por leyes votadas en una asamblea, determinando los derechos y las obligaciones de hombres libres; propiamente era una oligarquía, en la cual, si bien se deliberaban los negocios por los cuatro jefes, para adoptar las determinaciones de la mayoría, no se reconocía el dominio de constitucion alguna, estando sujetos los vasallos á la misma servidumbre de los súbditos de los reyes. (1) Por otra parte, la mayoría de los autores, Prescott entre ellos, creen la república tan poderosa y fiera, sus guerreros tan aguerridos y valientes, sus jefes tan fieros y briosos, que el imperio de Tenochtitlan nunca había logrado domeñarla, ni aun empleando la suma de su inmenso poder. La asercion es completamente falsa como en su lugar demostramos: Tlaxcalla existía merced al pacto religioso. Vamos á corroborarlo con nueva autoridad.—"Estos indios por todas partes de sus provincias partían términos con sus enemigos, vasallos de Motezuma é de otros sus aliados, é cada que Motezuma queria hacer alguna fiesta é sacrificio á sus ídolos, juntaba jente é enviaba sobre esta provincia á pelear con los de ella é á cativar jentes para sacrificar, puesto que muchas veces los de la provincia mataban mucha gente de los contrarios; pero muy averiguado parecia que si Mutezuma y sus vasallos y aliados quisieran poner su poder á dar cada cual por su parte en esta provincia, los desbarataran en breve y fenecieran la guerra con ellos; é así yo que esto escribo pregunté á Mutezuma y á otros sus capitanes, que era la causa porque teniendo aquellos en medio no los acababan en un día, é me respondien: "Bien lo pudiéramos hacer; pero luego no quedara donde los mancebos ejercitaran sus personas, sino lejos de aquí: y tambien queríamos que siempre oviese gente para sacrificar á nuestros dioses." (2)

Los tlaxcalteca tenían sobradas noticias de los castellanos; participaban de las preocupaciones generales respecto de los hombres blancos y barbados; les traían confusos algunos agüeros, como cier-

(1) Véase Muñoz Camargo, Hist. de Tlaxcalla. MS.

(2) Relac. de Andrés de Tapia, apud. García Icazbalceta, pág. 572.

tos terremotos sufridos, la aparición del cometa, el haberse derribado algunos de sus ídolos; pero si esta era la creencia común y vulgar, no faltaban desconfiados para inferir de la manera de vida de los extranjeros, de sus costumbres é instintos, la imposibilidad de su origen divino ó al ménos no admitieran cuanto de su poderío se relataba. (1)

Los cuatro embajadores cempoalteca salieron de Xocotla, vistieron las insignias de su cargo y se dirigieron apresuradamente á la ciudad de Tlaxcalla; llegados á su destino fueron llevados á la sala del consejo, dándoles de comer mientras se reunía la señoría, no senado como malamente se dice. Juntos los cuatro señores, hicieron entrar á los mensajeros, quienes haciendo las reverencias de estilo, presentaron la carta, (2) espada, ballesta y sombrero; despues tomando la palabra el más anciano dijo: "el señor de Cempoalla y los totonaca os hacen saber, han llegado á sus tierras, en grandes *acalli*, de la parte del Oriente, unos teules fuertes y animosos, quienes les han ayudado y puesto en libertad de Motecuhzoma; dicen ser vasallos de un poderoso rey y traer al verdadero Dios; quieren visitaros y ofrecen ayudaros contra vuestro capital enemigo; porque veais su fortaleza os traemos sus armas, y dicen los cempoalteca será bien les tengais por amigos, pues si pocos son, valen por muchos." Aquellos negociadores, como se advierte, tomaron los nombres de su señor y de su pueblo de preferencia al de los castellanos. Los de la señoría contestaron, "fuesen bien venidos; á los totonaca agradecían el consejo, y á los teules su regalo; más siendo el negocio árduo y necesitando tiempo para deliberar, se retirasen á descansar." Salidos de la sala se agolpó la gente preguntando mil cosas relativas á los extranjeros, á las cuales respondían los enviados ensalzando cuanto habían visto, contando prodigios, esparcidos bien pronto por el admirado vulgo. (3)

Habiendo quedado solos los cuatro señores, usó de la palabra *Máxixcatzin*; diciendo: los cempoalteca, enemigos de Motecuhzoma, nos aconsejan recibir á los extranjeros; éstos segun su valor y la

(1) Muñoz Camargo, Hist. de Tlaxcalla. MS.

(2) El primer cuadro de la manta de Tlaxcalla, representa á estos embajadores, presentando la carta sostenida en una vara pequeña.

(3) Herrera, *déc.* II, lib. VI, cap. III.—Torquemada lib. IV, cap. XXVII.

fuerza de sus armas, dioses parecen y no hombres, y nos ofrecen ayuda contra el imperio; nuestros antepasados predijeron vendrían por el Oriente, en *acalli* grandes, ciertos hijos del sol, en traje y costumbres diferentes, valientes hasta valer uno por mil, enviados por un gran señor, á quien un poderoso Dios favorecía; pareciale ser llegado el tiempo, bastando á probarlos los prodigios presenciados: opinaba, pues, fuesen recibidos de buena gana aquellos teules, pues de otra manera, fuera del daño de la república, decíale el corazón entrarían á la ciudad aunque les pesase y por mucha resistencia que se pusiese." El anciano *Xicotencatl* fué de parecer contrario: "hospedar á los extranjeros era precepto de los dioses, más no cuando venían para hacer daño; los pronósticos eran inciertos, y no debía dárselos crédito; si valientes aparecían los extranjeros, valientes también eran los tlaxcaltecas, y sería mengua dejar entrar á la ciudad un corto número de guerreros sin haber combatido; si resultaban mortales no habrían caído en engaño, si inmortales aparecían, tiempo habría para reconciliarse con ellos; segun las relaciones dadas, "no le parecían hombres, sino mónstruos, salidos de la espuma de la mar, y más necesitados que ellos; pues como se decía iban "con ciervos grandes, comiendo la tierra, pidiendo oro, durmiendo "sobre ropa, y gustando de deleites, y que creía cierto, que la mar, "no los habiendo podido sufrir, los había echado de sí." (1) Si esto era verdad ningun mal fuera mayor al de recibir aquellos mónstruos por amigos, y una tierra que por defender su libertad en tanta pobreza había caído, cometería una torpeza en admitir voluntariamente á quien la metiera en servidumbre: debía defenderse la señoría combatiendo por la patria, la religion, la familia, la honra y el buen nombre de Tlaxcalla." Dividiéronse los señores entre aquellos encontrados pareceres, dividiendo también á nobles y pecheros; los mercaderes y los pusilánimes se decidieron por la paz, mientras los patriotas y los esforzados se determinaron por la guerra.

Para conciliar los extremos, *Tlehuexolotzin* (2) propuso; "que los

(1) Herrera, *déc.* II, lib. VI, cap. III.

(2) Herrera y Torquemada le dan el nombre de *Temilotecatl*. Enfadoso y de suma proligidad sería ir señalando á cada paso las contradicciones y diferencias entre los autores, aún cuando sea de los que copiaron unos de otros. En este caso v. g., Solís atribuye á *Xicotencatl* hijo, el razonamiento del padre, y en otros lugares hace una misma persona del padre y del hijo.

embajadores dijera al capitán de los extranjeros, estar dispuesta la señoría á recibirle de paz; más entre tanto, Xicotencatl con los otomíes les saliera al paso y diera guerra; si los llamados dioses eran vencidos, la gloria quedaría á Tlaxcalla, más si triunfaban se pondría la culpa á cargo de los otomíes como bárbaros y atrevidos. Pareció bueno el consejo y fué admitido. Para ponerle en práctica díjose á los embajadores cempoalteca, "que la república quedaba dispuesta á recibir de paz á los teules;" y dióse orden á Xicotencatl, el jóven, para ponerse al frente de las guarniciones orientales y salir al frente de los extranjeros. Xicotencatl, hijo del anciano, señor de Tizatlan, era un capitán intrépido, enemigo de los hombres blancos, aficionado como mozo á la gloria militar; por todas estas circunstancias recibió con placer el encargo de la república. A fin de ganar tiempo, se detuvo mañosamente á los cempoalteca, bajo pretexto de un sacrificio solemne y aún se les puso en prision. (1)

Impaciente D. Hernando al no ver retornar á los mensajeros, preguntó á los cempoalteca cuál sería el motivo de la tardanza; ellos respondieron, provendría de la lentitud propia en aquellas negociaciones. Despues de permanecer tres dias en Iztacamaxtitlan, cansado de esperar, dejó el pueblo dirijiéndose á las tierras de la república; al terminar el valle, "fallé una gran cerca de piedra seca, tan alta como estado y medio, que atravesaba todo el valle de la una sierra á la otra, y tan ancha como veinte piés: y por toda ella un petril de pié y medio de ancho, para pelear desde encima: y no mas de una entrada tan ancha como diez pasos, y en esta entrada doblada la una cerca sobre la otra á menera de rebelin, tan estrecho como cuarenta pasos. De manera que la entrada fuese á vueltas, y no á derechas." (2) Paráronse los castellanos á contemplarla mara-

(1) Herrera, déc. II, lib. VI, cap. III.—Torquemada, lib. IV, cap. XXVII,

(2) Cortés, Cartas de relac. pág. 49.—Bernal Díaz, cap. LXII, dice de la misma muralla: "y hallamos una fuerza bien fuerte hecha de cal y canto y otro betun tan recio, que con picos de hierro era forzoso deshacerla, y hecha de tal manera, que para defensa era harto recia de tomar."—De las frases un tanto oscuras de Cortés, han inferido los autores, pertenecer la cerca á los de Iztacamaxtitlan y ser obra de los méxica contra los tlaxcalteca; afirma lo contrario Bernal Díaz, quien la atribuye á los tlaxcalteca contra los méxica. Esto segundo parece lo más cierto, segun los mejores testimonios antiguos, y así lo admite Clavijero, tom. 1, pág. 337; tom. 2, pág. 32.—La muralla, segun los autores del Viaje de Cortés, Lorenzana pág. VI, se extendía desde un cerro alto hasta otro llamado Atonilco. "El cerro de donde nace

villados de obra tan considerable, sacando de ella consecuencias del poder del pueblo constructor: en aquella sazón no había guarnición alguna y ni sobre del muro se descubría atalaya ó espía, cosa sorprendente y que podía encerrar alguna celada. Aprovechando aquella perplejidad, el cacique de Iztacamaxtitlan rogó de nuevo á Cortés no entrara al territorio de la república, pues aquellos eran sus enemigos, y pues iba en busca de Motecuhzoma, le llevaría salvo por tierras del imperio; el cempoalteca Mamexi contradijo como antes, afirmando ser los tlaxcalteca amigos suyos, mientras los méxica eran malos y traidores, pretendiendo llevar á los blancos á donde hacerles daño. Cortés siguió el consejo de los cempoalteca, despidióse del cacique de Iztacamaxtitlan aunque pidiéndole trescientos guerreros, (1) y exclamando: "Señores, sigamos nuestra bandera, que es la señal de la Santa Cruz, que con ella venceremos," (2) penetró resueltamente por la puerta de la muralla seguido por su entusiasmado ejército, precedido por el estandarte, á cargo del alférez Corral.

Era el miércoles treinta y uno de Agosto: aquella la tierra de Tlaxcalla. Las tropas marchaban en orden completo, apercibido cual si el enemigo estuviera al frente. Cortés con otros seis jinetes precedía como una media legua; una partida de los peones más ligeros servía de descubierta, apoyada por una vanguardia de escopeteros y ballesteros; ocupaban el centro la artillería y el grueso de los de espada y rodela; iba en la rezaga el fardaje custodiado por

la cerca es muy áspero, y en partes tiene cortaduras, y encima de ellas se ve aún la cerca de que habla la carta y de la que en todo el distrito se conservan varios restos, y en partes hasta de una vara de alto: esta cerca se ve que era de piedra seca, puesta una sobre la otra sin mezola alguna, y había en algunas partes de ella algunos peñascos tan grandes, que llenaban bastantemente el ancho de veinte piés, que tenía la dicha cerca, como aún se demuestra en las piedras enterradas en el suelo: entre estos peñascos está en el día uno muy grande, que llaman la mitra, por tener su remate de esa figura, y habiéndole quitado las piedras de la cerca que tenía á su pié, le queda debajo una cueva, en que caben y se abrigan de noche, treinta ó cuarenta animales de cerda de un rancho que está allí inmediato."—Refiérense estas noticias á 1770; más se mencionan aún existentes las reliquias en el punto llamado Tenamacuicuitl, en el Boletín de la Soc. de Geog. tom. 1, pag. 6, núm. 3.

(1) Gomara, Crón. cap. XLV.—Herrera, déc. III, lib. VI, cap. IV.—Los autores frecuentemente omiten ó disminuyen el número de los aliados.

(2) Bernal Díaz, cap. LXII.